

ESTRUCTURAS SOCIALES Y ÉTNICAS DE IBEROAMÉRICA

JULIO YCAZA TIGERINO

En el breve espacio de treinta minutos señalado para la exposición de esta ponencia, es difícil si no imposible, desarrollar desde todos sus ángulos, aunque sólo sea sucintamente, el tema de las estructuras sociales y étnicas de Iberoamérica. Procede, pues, únicamente hacer un resumen de los rasgos esenciales de dicha estructuración y de los problemas que presenta.

En esta exposición no es posible prescindir del proceso histórico ya que sólo a través de él puede entenderse la compleja realidad social de nuestros pueblos hispanoamericanos. Cabe señalar que en Iberoamérica las estructuras étnicas suelen confundirse con las estructuras sociales, mejor dicho, que aquéllas sirven en gran parte para determinar éstas, fenómeno que es inherente a los pueblos con un proceso de mestización actual o de reciente realización, sobre todo cuando en él han intervenido elementos de muy diferentes raíces étnicas y culturales, por no decir raciales, puesto que el término raza en su sentido estrictamente biológico es fundamentalmente rechazado por la antropología moderna.

Para entender las estructuras étnicas y sociales de Hispanoamérica, es, pues, necesario, referirse al fenómeno del mestizaje.

El proceso de mestización de Hispanoamérica se desarrolla en dos formas: la sanguínea y la cultural. El mestizaje cultural indohispano, de que he tratado ampliamente en mi obra "Originalidad de Hispanoamérica" (Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1952) consiste en la fusión de valores espirituales hispanos e indígenas que están más que en la tierra americana en el hombre americano, porque consisten en el modo humano de vincularse a la tierra y a las cosas y de aprehender y contemplar el mundo. De aquí que el mestizaje cultural esté íntimamente ligado al mestizaje sanguíneo, y mientras este mestizaje sanguíneo no se realice en plenitud étnica, mientras no llegue al punto de homogenización y condensación completas en nuestras masas populares, el hombre americano no estará totalmente preparado y capacitado para la difícil tarea creadora de reelaboración cultural dentro de la civilización occidental.

La operación del mestizaje a que están sometidas nuestras naciones desde hace cuatrocientos años, es de creación y revolución, y como tal supone una larga etapa de lucha y destrucción. El choque de las sangres en las venas del mestizo se traduce en la vida social en choques y desórdenes morales y políticos. Para que la tempestad sanguínea se aquiete, para que la personalidad social se afirme, son necesarias muchas generaciones en el proceso de mestización, y que este proceso llegue a su término de homogeneidad étnica en la masa de población, pues la existencia de fuertes núcleos étnicos puros mantiene el contraste de influencias ambientales que

ayudan a despertar en el mestizo algunos caracteres recesivos, rompiendo la armonía psicológica de su personalidad.

El mestizaje de conquistadores y conquistados implica un trastorno en la jerarquía social. El mestizo aparece como una nueva clase de difícil situación social, jurídica y política, oscilante entre las más diversas incitaciones y tendencias de sus opuestas sangres y entre las más diversas influencias ambientales y culturales de los grupos étnicos que permanecen racialmente puros dentro del mismo organismo social.

En Hispanoamérica el proceso de mestización, así como absorbe al español puro y al indio puro, absorbe también al mestizo puro, es decir, al que resulta inmediatamente del cruce del español con el indio. La mezcla de elementos puros y mestizos y de mestizos entre sí, crea todo un complicado cuadro de mezclas sanguíneas y de influencias culturales, que en Hispanoamérica se complicó más con la introducción de un tercer elemento: El negro.

La mestización en Hispanoamérica se desarrolló en un diverso y opuesto sentido: una mestización blanca y una mestización india, según que el mestizo continuara su línea de cruzamientos con elementos blancos o indios. La mestización, al mismo tiempo que absorbía al blanco puro, absorbía también al mestizo puro, es decir, al fruto inmediato del cruzamiento del blanco con el indio. Este cruzamiento se fue haciendo cada vez más raro, porque los blancos de uno y otro sexo eran atraídos preferentemente por los mestizos antes que por los indios. De aquí que los primitivos tres grupos étnicos: blancos, indios y mestizos, han tendido a desaparecer para formar dos grandes grupos de mestizos: mestizos que por su mezcla con los blancos han ido disminuyendo su porcentaje de sangre india y aumentado el de sangre blanca, por lo que podríamos llamarlos mestizos blancos; y mestizos que por mezclarse con los indios han sufrido en sus porcentajes de sangre blanca e india un aumento y disminución a la inversa, y que, por tanto, podemos llamar mestizos indios.

Esta doble tendencia del proceso de mestización se explica por varias causas. La mestización blanca se ha dado en las regiones cuyos pobladores indígenas pertenecían a razas físicamente más bellas y mejor dotadas espiritualmente, y dentro de la misma región étnica con los mestizos que por la posición económica y social de sus padres indios y españoles, tenían también mejores condiciones físicas y espirituales. La mestización blanca obedecía, pues, a un instinto clasista, y desde luego las diferencias entre indios, blancos y mestizos han sido diferencias de clase social, no diferencias racistas. También influía decisivamente en la tendencia de mestización

blanca el mayor caudal de sangre española y la considerable disminución de la población indígena, como en el caso de Chile, en que, debido a la guerra de Arauco, el gobierno español tuvo que mandar más tropas que a otras partes de América y destruir en mayor cantidad la población indígena rebelde.

Por el contrario, la mestización india se daba en aquellas regiones cuya población indígena, física y espiritualmente inferior, producía de su cruzamiento con el español un tipo de mestizo poco atractivo para el blanco; y también con sentido clasista entre los mestizos hijos de españoles e indios socialmente inferiores. Desde luego, la menor proporción de gente blanca en determinadas regiones acentuarían en ellas esta tendencia del mestizaje a indigenizarse.

El proceso de mestización blanca ha llevado al mestizo cada vez más hacia la cultura y mentalidad blancas. La mestización india sólo en raros casos llega a identificar al mestizo con el indio. El proceso de mestización india se encuentra, en cierta manera, detenido, y la masa mestiza india ha llegado a una cierta homogeneidad que ha afirmado su personalidad y le ha dado cierta unidad y estabilidad sociales. Esta masa es la que constituye la mayor base de población popular de algunas de nuestras naciones hispanoamericanas.

En el proceso de mestización hispanoamericano hay que distinguir tres fases o momentos históricos; el imperio español, el momento de la independencia y la vida republicana.

En el principio el matrimonio entre españoles e indígenas fue combatido por el gobierno español, después fue admitido y aún favorecido gracias a la gestión de la Iglesia, pero nunca el matrimonio llegó a ser una institución básica del mestizaje. La mancha fue la práctica corriente que dio origen a la gran población mestiza de Hispanoamérica. En el siglo XVI llegaron las primeras familias españolas a América. El trasplante íntegro de la familia española serviría para establecer un contraste moral entre ella y la familia mestiza, constituida al margen de los preceptos legales y religiosos. De este contraste nació la diferenciación clasista que colocaría al mestizo en una escala social inferior, a lo que contribuyó la proliferación de mestizos frutos de la poligamia.

Al iniciarse con el descubrimiento y la conquista de América el proceso de mestización, el mestizo, resultante de una verdadera y auténtica compenetración humana de indios y españoles, presentaba, dentro de una organización social favorable, una personalidad que no se resentía de su dualismo biológico y psicológico y que se asimilaba sin dificultad a la cultura superior del hombre blanco. A mitad del siglo XVI las presiones y políticas van acentuando ese dualismo psicológico del mestizo, convirtiéndolo en una casta social oscilante e inestable desvinculada de las íntimas realidades telúricas y espirituales de la relación entre indios y españoles, y cuyo elemento de cohesión clasista era únicamente esa sensación de inestabilidad.

Una tercera etapa en el siglo XVIII sirve para caracterizar más a esta clase mestiza cohesionándola en su conciencia de fuerza social numéricamente poderosa y frente al clasismo de sangre de los blancos, utilizado co-

mo forma de mantenerla alejada de toda participación en la función política.

El mestizo, al margen del feudalismo hispano-indio fundador de la nacionalidad, crece así como una clase esencialmente revolucionaria sin conciencia de esta nacionalidad y en lucha y rebeldía permanente contra el orden establecido. Al llegar la independencia como fruto de ese feudalismo criollo, el mestizo se encuentra ligado a la causa de la monarquía española por una política hábil de halagos y concesiones que ésta ha seguido con él. El igualitarismo republicano democrático le ofrece la oportunidad de abordar sin cortapisas todos los accesos al poder, a la riqueza y a la cultura. En medio de la anarquía desbordada que desata al ponerse en juego libremente todos sus instintos y pasiones reprimidos, va, sin embargo, adquiriendo una conciencia de la nacionalidad y de la responsabilidad histórica, y al mismo tiempo que se homogeniza étnicamente por su falta de mezcla con elementos indios y su escasa mezcla con los elementos blancos, se estabiliza social y económicamente y se cimienta su personalidad, consiguiendo cierta armonía psicológica y cierto dominio civilizado de sus instintos y pasiones.

El republicanismo democrático que sobrevino con la independencia, produjo una suspensión del proceso de mestización por la radical bifurcación de las mentalidades del indio, que conservó su primordial sentido comunista de la vida y de la cultura, y del hombre blanco europeo, orientado por el liberalismo naturalista hacia un artificioso, egoísta y brutal individualismo. También se debió esta suspensión del proceso de mestización indo-hispano a la diáspora o dispersión de los indígenas producida por el individualismo liberal, que al destruirles su vida comunal los atomizó, acabando con el cimiento espiritual y social de su cultura. Se acentuó así el desnivel cultural entre el indio y el blanco que es un abismo más opuesto al mestizaje. Este desnivel se acentuó también entre el indio y el mestizo que se había elevado en el terreno político y cultural, de tal manera que ha tendido a una autonomía del cruzamiento y así el mestizaje por la mezcla de indio y mestizo también se suspendió con el democratismo liberal de la independencia.

En el mestizo se advierten, todavía ciertos caracteres de retraso mental y moral que pueden explicarse en parte por el mayor acercamiento y convivencia de la población mestiza con los grupos indígenas.

En primer lugar, todavía subsisten en él ese dualismo psicológico de su impulso primitivo y de su impulso civilizado que observa Keyserling. Este dualismo psicológico produce en el mestizo una peligrosa maleabilidad en contraste con la impermeabilidad del indio.

También permanece en el mestizo su histórica rebeldía y su inconformidad clasista, y no se ha librado todavía del complejo de inferioridad que le produjeron la secular presión social a que estuvo sometido y el prejuicio racista liberal con que lo condenó el siglo XIX.

Por último, hay que señalar en nuestro actual mestizo hispanoamericano, una tendencia innata de liberación política y social y una creciente conciencia de la nacionalidad que le ha conferido su advenimiento al plano de la actividad política de la comunidad. Esta conciencia en la nacionalidad del mestizo, tiene un sentido más uni-

versal de la nación superador de las limitaciones territoriales de su origen feudalista.

En el mestizaje hispanoamericano, por lo menos en algunos países, es preciso considerar un tercer elemento étnico: el negro. Veinte millones de negros fueron traídos a América para servir como esclavos. Según Barón Castro (Estudios demográficos-Instituto Balmes de Sociología, Madrid, 1945), la época de la Independencia (1821-1825) los negros representaban el 18 por ciento de la población de Hispanoamérica, los blancos el 19 por ciento, los indios el 36 por ciento y los mestizos el 27 por ciento.

La fuerza biológica del negro hace que su influencia social cultural sea muy importante. El argentino Carlos Octavio Bunge en su conocida obra "Nuestra América" señala como caracteres psíquicos del negro el **servilismo** y la **infatuación**, pero es necesario señalar que el negro que interviene en la población de mestización de Hispano-América es el esclavo, de modo que algunos de estos caracteres depresivos provienen de esta condición de esclavitud. Por otra parte, aunque los autores señalan que el negro es por naturaleza sexualmente morigerado y que sus danzas afrodisiacas son precisamente excitantes para suplir su frialdad erótica, resulta evidente que estas fiestas orgiásticas, como influencia ambiental, han contribuido notablemente a provocar en la población blanca, india y mestiza el desorden sexual y la lubricidad que es a su vez un factor importante en el desorden social.

Acabo de citar algunas cifras estadísticas y voy a citar otras, sobre la composición étnica de Hispanoamérica, pero advertir que las cito con desconfianza ya que las que he consultado resultan a veces contradictorias, y en el caso de mi patria, Nicaragua, son, desde luego, falsas en gran parte. Sin embargo, debemos concederles en lo general cierto margen de aproximación.

Para 1940, según datos de la Oficina Internacional del Trabajo, Iberoamérica tenía, en una población de 116 521 000 habitantes, 15.583 000 indígenas, 34 332 000 mestizos y 66 606 000 blancos, negros y otras razas; o sea un 13.4 por ciento de población indígena y 29.5 por ciento de mestizos. Sin embargo, esta misma estadística da para El Salvador un 20 por ciento de población indígena, y para Nicaragua un 24 por ciento, cosa totalmente falsa pues cualquiera que conozca Centroamérica sabe que Nicaragua es un país mucho más mestizado que El Salvador, y acaso habrá unos treinta o cuarenta mil indígenas en una población que se acerca al millón y medio de nicaragüenses.

La contradicción de las estadísticas es tal que mientras el conocido sociólogo chileno Moisés Poblete Troncoso en su libro "Problemas sociales y económicos de la América Latina", editado por la Universidad de Chile en 1936, establece para el Perú un 5% de población indígena, los datos de la Oficina Internacional del Trabajo para el año 1940 arrojan un porcentaje de 46.2% de indios peruanos y el libro "**The South American Handbook 1957-1958**". (Trade and Travel Publication) le asigna al Perú para 1957 un porcentaje del 50%.

Por otra parte, los datos ofrecidos por Barón Castro en su obra citada, referentes al año 1940 convierten a Cuba y Santo Domingo en países negros, mulatos y blan-

cos, eliminando todos los porcentajes de población mestiza hispanoindia, lo cual es inexacto y probablemente se debe a que se han incluido los mestizos en el rulo de los blancos debido a la preponderancia de sangre blanca en el mestizaje.

Todos estos errores provienen en gran parte de que no se ha determinado, ni es fácil determinar étnicamente en la práctica, lo que se entiende por indio y por mestizo. Actualmente en América se da al término **indio** un valor puramente cultural y social, al margen de cualquier diferencia étnica y racial. Pero este criterio no es uniforme en la realización de los censos de los diversos países, ni tampoco se han tomado en cuenta, en estos censos últimos, las diferencias étnicas.

En Hispanoamérica no se puede decir que haya existido ni existe racismo, o sea barreras de carácter racial, repugnancias físicas ni espirituales del blanco para el indio y el negro. La conquista española fue eminentemente antirracista y cristiana y nuestros pueblos son predominantemente mestizos. Pero la realidad histórica de la inferioridad cultural del indio identificó el concepto físico de raza con el concepto de clase social, porque en la inevitable estratificación clasista, fruto de la organización feudal de la Conquista, el indio tuvo que quedar necesariamente debajo del blanco y constituir la clase mayoritaria servil (siervos de la gleba, campesinos) y el mestizo la clase intermedia (empleados y artesanos).

En reciente conferencia pronunciada en el Instituto de España en Munich sobre "Estado y sociedad en Hispanoamérica en vísperas de la Independencia" el Prof. Richard Konetzke explicaba que la estructuración social de América en vísperas de la Independencia era, en sus grandes rasgos, la del "ancien régime". La punta de la pirámide la constituyen los títulos de Castilla, a los que siguen los hidalgos y después los representantes de la alta burguesía adinerada, hacendados, grandes propietarios, ricos negociantes, altos magistrados. Una nueva capa comprende pequeños comerciantes, empleados, artesanos, etc. A pesar de todo falta una verdadera pequeña burguesía. La población de color (mestizos, mulatos e indios) se colocan al otro extremo de la pirámide.

Después de la Independencia la pirámide se mantiene con algunas alteraciones sufridas a través de las revoluciones y luchas políticas principalmente. Desde luego desaparecen los títulos de nobleza y de hidalguía pero sus poseedores conservan su posición en la cúspide de la pirámide en la medida en que son blancos y mantienen su poder económico. A esta clase alta se suman los mestizos ricos o que han escalado la cúspide a través de las armas victoriosas o del poder político. La clase intermedia de empleados, pequeños comerciantes y pequeños propietarios rurales la forman siempre los mestizos y los blancos venidos a menos. Los indios, mulatos, y negros se identifican formando siempre la base de la pirámide.

A través de estos cambios, más o menos notables según los países, se mantiene la relación étnica como elemento importante de diferenciación clasista.

En mi ensayo sobre las clases sociales en Nicaragua incluido en el libro "Hacia una sociología hispanoamericana" (Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1958) he sostenido que lo que determina la clase social es el modo

de concebir y realizar las relaciones de los individuos entre sí y con las asociaciones naturales y grupos sociales y de estos grupos y asociaciones entre sí. Este modo o estilo de las relaciones sociales está determinado a su vez por diversos factores: espirituales, económicos, étnicos, telúricos, sanguíneos, políticos, etc., preponderando unos factores sobre otros según el ámbito social y determinando así una diversa tipificación de las clases sociales.

El concepto de clase social varía así de un país a otro según los factores predominantes, pero indudablemente el factor étnico es uno de los más importantes en la determinación de las clases sociales en todos los países hispanoamericanos.

Desde luego, no se puede hablar de estructuras étnicas y sociales comunes a todos los países hispanoamericanos, sino que es preciso hacer distinciones, sino fundamentales de país a país tal vez entre una y otra zona o más bien entre diversos grupos de países según el grado de mestización y el predominio en ésta del elemento europeo o del indígena.

En los países en que la estructuración étnica se caracteriza por la supervivencia de grandes masas indígenas, las divisiones sociales son más marcadas y las clases medias no existen prácticamente o si existen carecen de verdadera importancia o influencia sociales. Esto determina a su vez en dichos países una mayor inestabilidad social y política.

En este grupo de países podríamos citar a Bolivia, Ecuador, Perú, México, Guatemala y El Salvador.

Entre los países en que la mestización se ha realizado en forma más completa y no existen masas importantes de población indígena, había que distinguir aquellos en que el elemento hispanoeuropeo ha predominado en el mestizaje, tales como Chile, Cuba, Costa Rica, Uruguay y Argentina, de aquellos en que es el elemento indio el predominante en el mestizaje: Paraguay, Nicaragua, Venezuela, Honduras, Panamá, Colombia. En los primeros la existencia de clases medias más extensas dan a esos pueblos una mayor estabilidad social y política. En los segundos, la estructura feudal predominante y la psicología más inestable del mestizo los vuelven más propicios a la agitación y al desorden.

Estas reglas generales de clasificación no son absolutas y entre los países del mismo grupo cabe señalar matices y diferencias, en algunos casos de importancia. Entre los países de predominante mestización blanca cabría indicar un subgrupo formado por países en que una fuerte inmigración europea ha creado en ellos o en zonas de ellos una especial estructuración social. Tal es el caso de Argentina y Uruguay y más que estos dos países las regiones de ellos situadas en la cuenca del Plata. En países de mestización predominantemente india como Venezuela, la abundante inmigración europea ha producido y está produciendo, en algunas regiones, un cambio importante en su estructuración social.

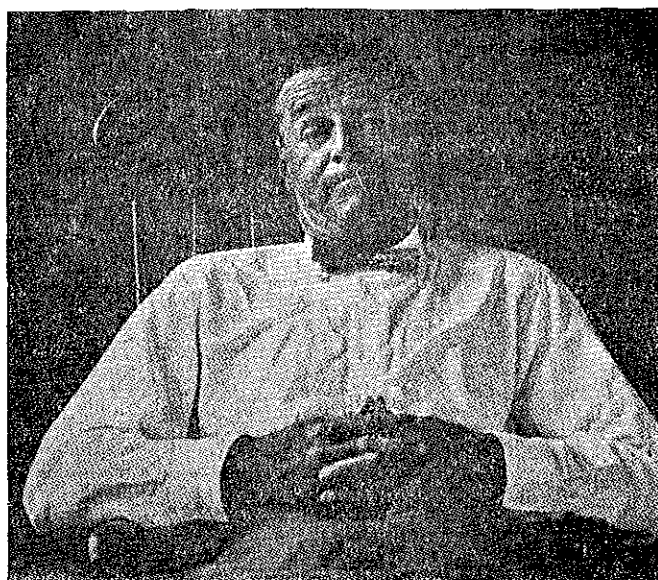
También habría que indicar como un grupo aparte aquellos países o zonas de algunos países con población negra o mulata.

Por lo demás la estabilidad política y social de los países hispanoamericanos en un momento determinado de su historia no depende exclusivamente de su estructuración étnica sino de una serie de diversos factores no

solamente internos sino exteriores de índole política y económica.

Desde luego habría todavía mucho que decir sobre la estructuración de las clases sociales en Hispanoamérica, pero dentro de los límites de esta ponencia creemos haber agotado las consideraciones más generales. A través de la discusión de la misma y de las ponencias presentadas por los otros distinguidos participantes en el tema de las estructuras sociales y étnicas de Iberoamérica, habrá oportunidad de ampliar o de precisar algunos de los puntos de vista expuestos aquí en forma general.

EL CONSPIRADOR DEL SILENCIO



El mayor perturbador es el hombre callado. El que nunca se pronuncia sobre temas importantes. El que no escribe cartas de quejas al Director de su periódico para la sección La Voz del Pueblo. El que no escribe o habla al Diputado de su Departamento. El que se queda quieto como una concha. Cómo podría la Democracia triunfar si todos nosotros, como éste, nos reservamos nuestras opiniones, nuestras ideas, nuestras críticas? La participación activa, diaria, en el gobierno, en la sociedad, en los negocios, es la responsabilidad de todos y cada uno de nosotros. El conspirador del silencio no alcanza a comprender esto. No se atreve a criticar una ley opresiva. En su deseo de no ofender a nadie, ofende a la Democracia. Pues la Democracia comienza en casa.

(Nationwide Mutual Insurance Co., Columbus, Ohio, USA y reproducido de "Selecciones")